



XXXI JORNADAS NACIONALES DE CARTELES

Carteles: movimiento de Escuela

Sábado 24 de septiembre de 2022 en La Plata

Cartel: Posición y deseo del analista

Cartelizantes: Valeria Berciano, Claudia Maya, Damián Hernández, más-uno: Gerardo Arenas

Rasgo: Los obstáculos del analista y la dirección de la cura

La experiencia del cartel entre el lenguaje y el cuerpo

Valeria Berciano

El diccionario define la palabra experiencia de la siguiente manera: conocimiento de algo, o habilidad para ello, que se adquiere al haberlo vivido, sentido o sufrido, varias veces.

¿Se puede vivir un concepto en la experiencia del cartel como si fuera el atravesamiento de una experiencia de vida?

Por mis vivencias, podría decir que no toda experiencia se convirtió en habilidad, o tal vez ellas no fueron lo suficientemente sufridas, sentidas, vividas o vívidas, hasta que una aterrizó dejando huellas.

Con esa última palabra, “huella”, puedo sintetizar la experiencia del cartel, experiencia que considero, no hubiera sido la misma, sin la teoría, mis compañeros, el más uno y mi analista. Cuestiones de transferencia.

En una posibilidad que nos brindó la pandemia con su naufragio, construimos un lazo en el trabajo de cartel vía zoom.

Me embarqué en esa experiencia con traje de alumna, buscando definiciones, intentando encajarlas en casos, creyendo que el psicoanálisis es el faro que “todos deberían” “encontrar” para curarse de lo que yo consideraba malestar, o convertirme en una de las discípulas de Colón, para indicar como llegar a tierra firme. Fue así hasta que se me hundió la creencia de que yo sabía cuál era el bien para un sujeto.

Mi analista lo subrayó sonriendo en una sesión, al mismo tiempo que las palabras “todos, bien, deberían, y encontrar”, se fueron desinflando, obviamente que allí quedé nadando sin salvavidas, pero con muchísimas ganas de bucear en las palabras que oía de mis pacientes, de hecho, comencé a escuchar de una nueva manera, surfeando en los sentidos, sumergiéndome en los sonidos, apresando palabras, y devolviéndolas como señuelo, sorprendiéndome de las carnadas que elige el paciente, o suspendiendo la aventura cuando el asombro los dejaba sin palabras o cuando las palabras fluían para cubrir el asombro.

Por momentos me subía al bote de abstenerme, pude dejar que el sujeto nade, bucee o surfee. No ser rescatista me enseñó a saber esperar atenta, y pude aprender la importancia de iluminar vacíos, que construyen un espacio y un tiempo decorado por cada sujeto.

Las consecuencias en mi trabajo fueron terribles, lo que debería ser sacrificio y esfuerzo mortífero, se transformó en un gusto y disfrute de las sesiones, empecé a trabajar por horas sin sentir cansancio o contracturas.

Pero para que mi experiencia en el cartel no suene a un llame ya de venta directa, debo decir que muchas veces no supe que se esperaba de mí, la angustia era neblina en la hoja de ruta para los encuentros, no saber cuál era el horizonte no me dejaba entender si estaba bien o mal mi tarea, y ni hablemos de la angustia de no saber si el engañoso profesor estaba conforme.

Mis compañeros fueron alas para volar y aire para flotar en esos momentos.

Siento que lo vívido de lo vivido en esos dos años y medio será perenne, que no se apaga la luz de la búsqueda, que me crecieron las alas de un deseo crónico, propio, al que alguna vez llame solitario, pero que hoy es un deseo vivificante, transformista, sin objetivo, pero con un objeto o varios.

El cartel fue una experiencia de amor, un suspiro que me vació el cuerpo para dejar entrar un deseo, el deseo del analista.

Una experiencia que no fue repetir palabras y armar definiciones, fueron palabras que se convirtieron en un actuar dentro de mi cuerpo, palabras en acción, conceptos energía. Aprendí que leer y repetir no es lo mismo que sentir, sufrir y asimilar haciendo carne la experiencia de un concepto.

La vivencia del cartel quedó instalada como marca entre mi cuerpo y el lenguaje, dejando huellas del pasado de un zombi miedoso de hacer algo mal, dominado por nombres, conceptos o palabras que fueron agujereándose, vaciándose de sentido, descompletando saberes. Raíces hoy, de un deseo florido, un deseo que busca navegar y sorprenderse, sostenido e iluminado por el faro de la ética de psicoanálisis.

Con esa misma orientación, ojalá con estas líneas, pueda haberles dejado un soplo de todo el aire con olor a falta, que la experiencia del cartel me regaló a mí.